

PINOCHO

AÑO VI
NUM. 282

25 cts

13. JULIO
1930



- ¡MIRA QUE ESPIGA TAN PEQUEÑITA!
- ¡CON ESTAS DEBEN DE HACER LAS BARRITAS DE VIENA!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28. APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 Ptas. OTROS PAÍSES AÑO 23 Ptas.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



EN LA FRONTERA DEL FAR-WEST

Por
E. Salgar L.



(Continuación)

—¡Pschel
¡Se oyen
tantas histo-
rias en las
praderas
cuando el

sueño huye de los ojos...!

—Pues bien; como has visto, el famoso caballo blanco ha existido.

John Maxim movió la cabeza con algo de duda, y añadió:

—¡Continuad, coronel!

—Como te he dicho, me creía irremisiblemente perdido, cuando, después de varios días de prisión y de amenazas, Moha-ti-Assah, el jefe de la tribu, fué a visitarme y me dijo: «El gran caballo blanco, a quien ningún indio ha podido cazar, se ha dejado ver en estas praderas. Si eres capaz de apoderarte de él, te daré, no solo la vida, sino también la mano de mi hija Jalta, a quien todo el mundo considera como la más hermosa muchacha del Far-West. He dicho: piénsalo. Si rehusas, dentro de tres días te llevaremos al palo de los tormentos, y tu cabellera rubia servirá de adorno de mi escudo.»

—¡Buena perspectiva! — dijo, bromeando, John.

—Como puedes imaginarte, acepté por salvar la vida, y no porque me halagara ser esposo de una *piel roja*. Contaba con la casualidad para poder escaparme y buscar refugio en cualquier tribu más hospitalaria.

»Al día siguiente me puse en marcha a través de la inmensa pradera, en busca del caballo que debía salvarme la vida.

»Los indios me vigilaban a cierta distancia, para impedir que engañara a su jefe.

»Llevaba ya algunas semanas buscando las huellas del salvaje animal, cuando un día, al

amanecer, me encontré de pronto ante un tropel de caballos salvajes, en medio de los cuales se distinguía uno por su blancura inmaculada y que brillaba al sol como si su piel fuera de raso.

»La leyenda se había trocado en realidad; el grande y misterioso caballo blanco existía y estaba delante de mí.

»No atreviéndome a acometer solo la empresa de capturarlo, retrocedí en busca de ayuda; pero cuando volví con varios indios, el caballo había desaparecido.

»Seguí en campaña resuelto a apresar al bruto en la primera ocasión que encontrara.

»Transcurrieron otros varios días, y ya comenzaba a desesperar, cuando una tarde, en el momento en que el sol estaba para ocultarse, volví a encontrarme ante el maravilloso caballo, que entonces se hallaba entre otros seis, todos negros.

»Al verme, todos huyeron antes de que hubiera podido arrojar el lazo; pero a poco el caballo blanco pasó ante mí, y se encabritó delante de un árbol, como si algo le hubiera asustado.

»Corrí hasta él, y me encontré delante de un espectáculo que no se me olvidará jamás. El rey de los caballos salvajes, el legendario cuadrúpedo de los indios, se encontraba a pocos pasos de mí, inmóvil y como fascinado por una monstruosa serpiente.

»Mi primer pensamiento fué matar a tiros al reptil; pero me asaltó el temor de herir también al caballo.

»Entonces empecé una lucha desesperada con la serpiente, valiéndome de mi *bowie-knife* para atacarla.

»El caballo no trataba de huir, al contrario; mientras yo luchaba con el monstruo, se acercó en dos ocasiones a lamerme las manos.

»Cuando vió muerta a la serpiente, su primer

movimiento fué como de huida; pero al punto lanzó relinchos de alegría y se acercó, bajando ante mí su hermosa y fina cabeza. Todo su instinto salvaje desapareció ante otro sentimiento más poderoso: la gratitud.

»Durante algunos minutos, el animal parecía invitarme a seguirle; cogí sus encrespadas crines, le monté, y partió con una velocidad espantosa.

»Nunca había visto galopar a ningún caballo como lo hacía aquel extraordinario cuadrúpedo. Sus cascos parecía que no tocaban el suelo. Se hubiera podido decir que poseía alas, invisibles a la mirada de los hombres.

»Mi entrada en el campamento de los *sioux* fué triunfal. El caballo blanco, domado repentinamente, galopó entre la doble fila de indios, sin manifestar resabio alguno.

»Moha-ti-Assah, el gran *saken* de la tribu, se colocó ante mí diciendo:

—Manitu te ha protegido, y en adelante tu vida será sagrada para nosotros. Eres mi hijo, porque yo había jurado solemnemente ante el *Arca del primer hombre* que sólo concedería la mano de mi hija al que capturara al gran caballo blanco. Tuya es Jalta: tómala.

—Y os casó con alguna india horrorosa?—interrumpió John, sonriendo.

—Jalta era una joven hermosísima—contestó el coronel—. Nunca había visto yo en ninguna tribu una criatura tan espléndida. Desgraciadamente, ella era roja y yo blanco, y el odio de razas no debía tardar en manifestarse entre nosotros. Por otra parte, yo no había pensado en desposarme seriamente con una india, feroz como todas las de su raza, que combatía siempre en primera fila, y que con los prisioneros hacía gala de una crueldad inaudita. Un día noté que me pesaba mucho la cadena, y sentí horror de verme unido a una enemiga de nuestra raza. Decidí fugarme lo antes posible, y aprovechando una noche tempestuosa, monté en el caballo blanco y me alejé del campamento, jurando no volver más. Transcurrieron los años. La guerra de Méjico me dió una fortuna

que en vano había buscado en las praderas; casé con una mejicana de La Sonora, y fundé la hacienda de San Felipe, que ya conoces.

—Y que es una de las más hermosas del Utah—agregó John—. ¿Y qué fué de Jalta?

—Comenzaba ya a olvidarla, dedicándome a la educación de mis hijos Jorge y Mary, por haber muerto su madre, cuando un día mis *facenderos* encontraron en la empalizada que rodeaba mi casa un trozo de flecha con la punta bañada en sangre y envuelto en una piel de serpiente.

—Señal de venganza india—dijo John—. ¿Os había encontrado al fin la terrible india?

—Indudablemente. Desde aquel día no tuve un momento de paz, y temía siempre por la vida de mis hijos. Tres veces los indios; venidos no sé de dónde, intentaron incendiar mi hacienda, y otras dos veces han disparado contra mí mientras cazaba en las praderas. Había decidido ya vender la hacienda y retirarme a La Sonora, donde mi pobre mujer poseía algunos bienes, cuando estalló la guerra entre la raza blanca y la de los *pieles rojas*. El Gobierno, sorprendido, llamó a las armas a todos sus viejos soldados del Far-West, los más hábiles para combatir con los indios, y me envió a este puesto de observación, que es uno de los más importantes, porque cierra el camino a los *sioux*.

—O, mejor dicho, a los guerreros de Jalta—dijo John, que parecía cada vez más preocupado—. Pero, ¿y el caballo blanco, cómo no os lo llevásteis?

—Porque me lo robó una de esas bandas de indios que no se sabe de dónde salen, y que, sin duda, obedecían a Jalta.

—¿Y ahora volvéis a encontrarle aquí? ¡Es extraño!

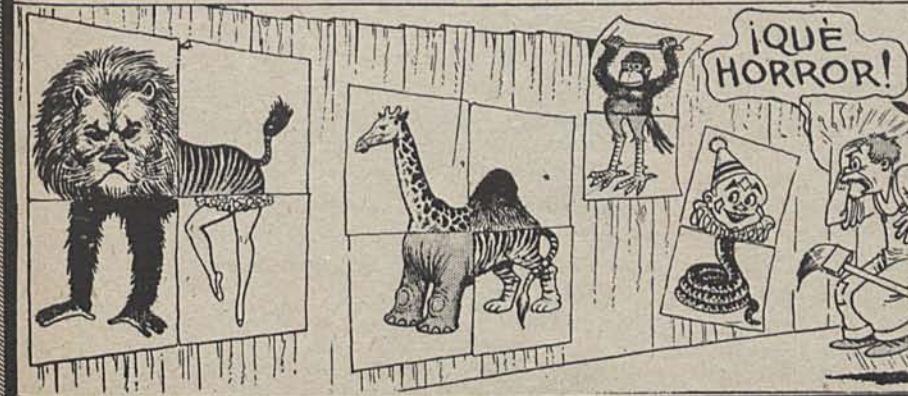
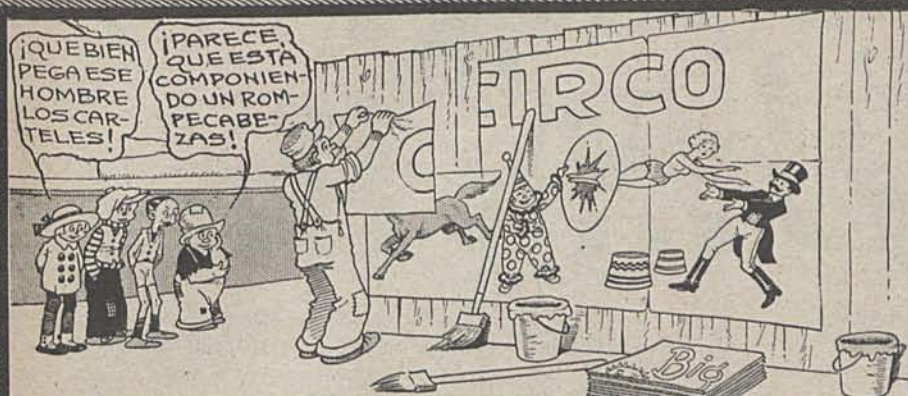
—Al principio, Jalta trató inútilmente de atraérselo; pero en los últimos tiempos que yo permanecí entre los *sioux*, el caballo blanco obedecía con mejor voluntad a ella que a mí.

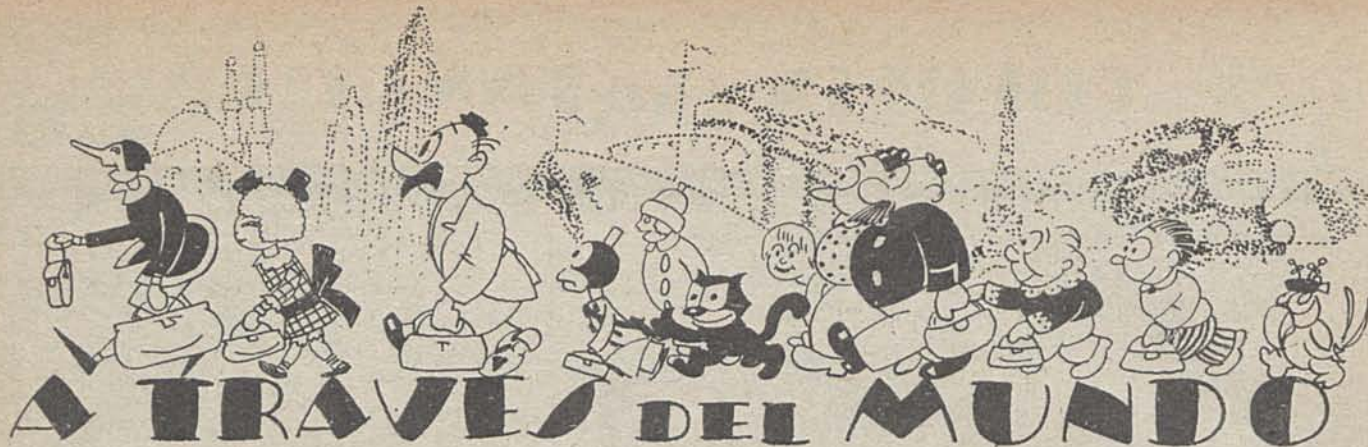
—¿Y no tuvisteis ningún hijo de esa mujer?

(Continuará en el próximo número).



COLORÍN y su PANDILLA





LA VENECIA DEL ASIA

(CONTINUACIÓN)

Comieron al fin, sin sospechar siquiera que el autor de la trastada de conducirlos a un fumadero de opio había sido el incorregible Tín auxiliado, como siempre, por el tremebundo Ton.

Terminada la comida y mientras don Turulato, Corretón y el Inspector se fumaban sendos puros, tomó la palabra el sabio buho para hablar a la concurrencia sobre las curiosidades del país en que se hallaban.

—El comercio de Siam, mis queridos camaradas, está casi en su totalidad en manos de los chinos. Cada chininito tiene una barca y en cada barca de cada chininito hay un comercio. Pero más numerosas todavía que las barcas dedicadas al comercio son las destinadas al horrible vicio del juego.

—¡Bravo! —aplaudió Corretón
—Que llamen al rey negro señor Bombo y echaremos una partidita de mus. Aquí estoy seguro que le ganaba hasta el color.

—¡Que se calle esa foca con barbas! —replicó Tecla dándole un papirotazo en la mismísima coronilla.

—¡Que se calle o que se vaya a la calle! —gritaron todos.
Se hizo, al fin, el silencio y continuó el buho.

El vicio del juego, es una de las más grandes pasiones de los siameses. Y los siameses lo mismo que los europeos, se arruinan con el juego. Voy a citaros un caso curiosísimo y lamentable: Al lado de cada barca destinada al juego hay otra que es un monte de piedad. ¡Para que los jugadores tengan donde empeñar todas sus joyas y todo cuanto pueda convertirse en dinero!

Pero no creáis, queridos amigos míos, que todo en Bangkok

son casas de juego. Hay también lindas casitas de estilo colonial donde vive la aristocracia indígena. Encantadores chalets, blancos como palomitas reposan entre la fronda verde. Estas villas ofrecen una particularidad singular necesaria en aquel cálido clima. Están dispuestas para recibir todo lo posible los beneficios de las corrientes de aire fresco. Las ventanas son de enorme abertura y permanecen siempre de par en par abiertas. Situadas a la orilla de canales cubiertos por bóvedas de verdura ofrecen un conjunto de parque paradisiaco.

La verdadera maravilla de Bangkok reside en los templos donde se mezclan con una armonía de impresionante belleza el arte hindú y el chino.

En su interior se desborda la riqueza en marfiles, tapices, oro y pedrería. En uno de estos templos se encuentra la famosa monumental estatua de Buda, sentado, que mide cuarenta y cuatro metros de altura. La cabeza de este Buda ocupa casi la totalidad de la bóveda central del templo. Cada dedo de sus manos es grueso como medio hombre.

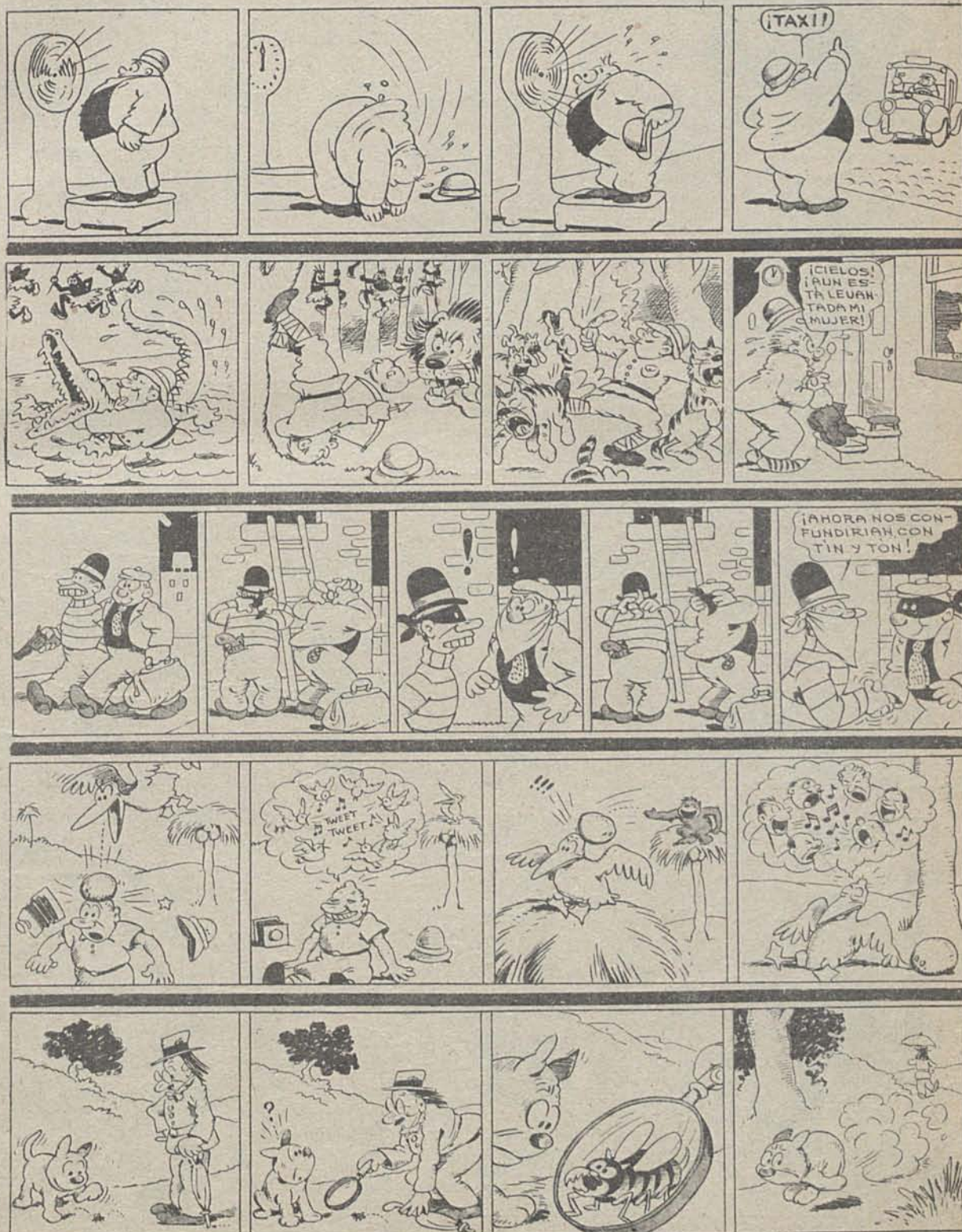
Y tan maravillosa y sorprendente es la expresión de su cara como las planchas de nácar que decoran las fabulosas plantas de sus pies. El misterio de la expresión de esta soberbia y artística estatua era mucho mayor cuando el templo en que se halla instalado estaba casi a oscuras, pero hoy, la luz eléctrica le ha hecho perder mucho encanto.

A este punto de la conferencia llegó el buho cuando la impaciente curiosidad de los oyentes les hizo ponerse en pie y lanzarse a la calle, ávidos de ver cosas.

FIN



GRAN CINE TINITONESCO

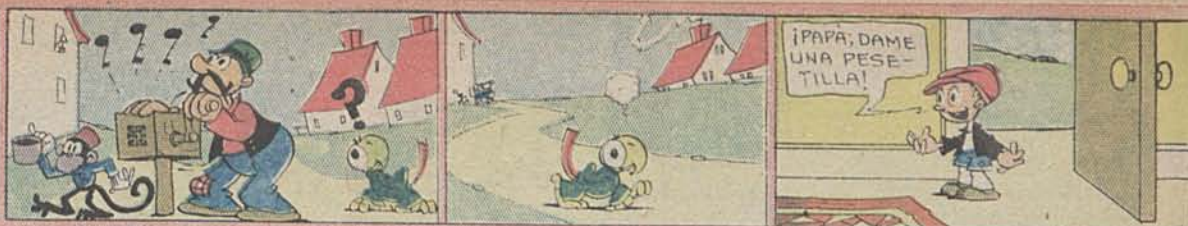




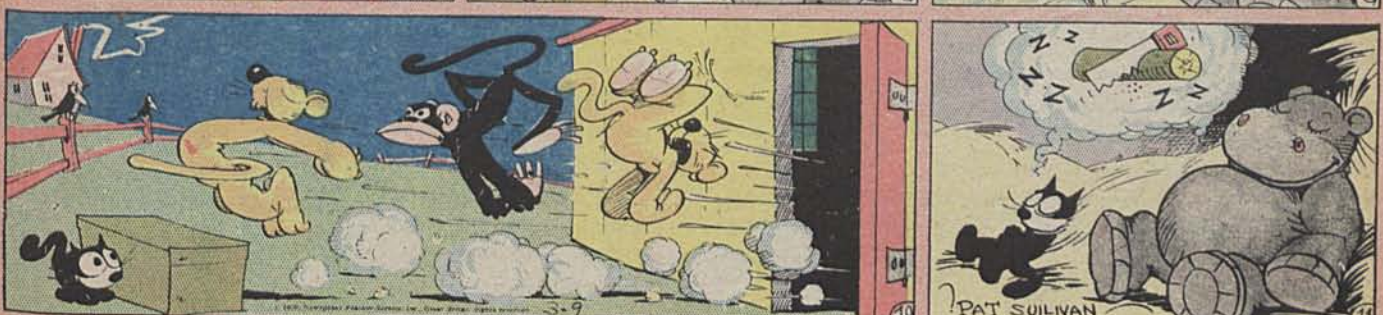
DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA



PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



CUENTOS DE CALLEJA

ILUSIONES PERDIDAS

Castillo



NA tarde e travieso Antonio había hecho novillos, es decir, no había ido a la escuela, sin duda para no asombrar al maestro con su talento.

Salió al campo, y, apenas hubo dejado atrás las últimas casas del pueblo, quedó un instante perplejo acerca del género de diversión en que había de emplear el tiempo.

—La verdad—se decía—que debía avisar a Tomás para que nos fuéramos juntos a coger nidos; pero él ya estará en la escuela. Y ahora ¿qué haré?

Preocupado con esta idea, sentóse nuestro Antonio sobre un ribazo, y golpeándose distraídamente los pies con un junco que cogiera a la orilla del río, quedóse un instante pensativo.

Un suave revoloteo despertó de pronto su atención, y, al levantar su mirada, vió a corta distancia una bella mariposa que, en raudos giros, saltaba entre las flores de un rastrojo; el muchacho, sin poderse contener, corrió tras ella, loco de entusiasmo.

Voló la mariposa de un punto a otro con cierta extraña coquetería, como si quisiera dejarse coger y no se decidiera a rendirse desde luego, y semejante estímulo excitó los deseos de Antonio, cada vez más violentos.

Así, de vuelo en vuelo y de carrera en carrera, la mariposa y Antonio fueron alejándose del pueblo.

Cayó la tarde y aún entre las sombras del crepúsculo veía el muchacho brillar, con osfoscurencias de luciérnaga, las preciosas alas de la mariposa.

Jadeante y sin aliento, dejóse caer al suelo el pobre Antonio, creyendo ya perdida su ilusión; pero la mariposa, por un extraño capricho, vino a posarse sobre una espléndida rosa que balanceaba sus pétalos a poca distancia del chicuelo.

Tentado éste, emprendió nuevamente frenética carrera, hasta que la oscuridad de la noche y el cansancio le impidieron continuar la persecución; entonces se recostó en el suelo y se quedó profundamente dormido.

Cuando despertó, estaba amaneciendo; el sol comenzaba a

dorar las cumbres de los montes. Antonio miró a su alrededor y se encontró en país completamente desconocido para él.

—¿Dónde estaré, Dios mío?—se preguntaba lleno de terror

—¡Maldita mariposa! ¡Si la cogiera...!

Como si el insecto hubiera oído que lo nombraban, apareció entre unos matorrales inmediatos al sitio en que Antonio se encontraba, y con el mismo vuelo tentador emprendió sus giros entre las flores.

—¡Ahora no te me escaparás!—dijo el chico.

Y, tomando carrera, emprendió nueva persecución, loca, frenética.

Ya la va a coger, ya se le escapa, y parece que se le evapora entre los dedos; algunas veces creyó sentir entre sus manos el aterciopelado roce de las alas del insecto.

Antonio sentía que una misteriosa fuerza le empujaba tras la mariposa, y, dejándose arrastrar por ella, corrió sin fatigarse, veloz como el viento; pero, a medida que él corría, también volaba con igual rapidez la mariposa.

Después de algún tiempo de carrera sin resultado alguno. Antonio, que se sentía desfallecido, dejó de correr, sentóse en el suelo, y para alimentarse cogió y comió algunas raíces verdes que encontrara; después siguió su camino a la ventura.

Al poco tiempo vió una misera choza, y dentro de ella a un pobrecito fraile consumido por los años y por las viglias, el cual, saliendo al encuentro del niño, le preguntó adónde caminaba y por qué iba tan apenado.

Refirió Antonio cuanto le ocurriera, y el fraile le dijo:

—Esa brillante mariposa que persigues sin fruto, es la ilusión de la vida, tanto más codiciada cuanto más se aleja de nosotros. Vuélvete a tu pueblo y vive tranquilo y sosegado; estudia y abandona las locas ilusiones.

—¿Y cómo os llamáis, Padre?

—Me llaman *Experiencia*.

Siguió adelante el pequeñuelo, hasta dar vista a un hermoso palacio, todo de jaspes de color de rosa, rodeado de grandioso jardín lleno de rosales, cuyo aroma delicado atraía con





su dulce fragancia. Al aproximarse, abriéronse de par en par cien puertas de oro, y en el dintel de cada una de ellas apareció una hermosísima mujer; todas aquellas ninfas bajaron la grandiosa escalinata y se aproximaron al muchacho, prodigándole mil agasajos.

Una de ellas, la que parecía la dueña de la casa por su continente majestuoso y por el respeto de las demás, dijo al muchacho:

—Sé que persigues a mi hermana *Ilusión*, que ha venido hace un momento huyendo de tí y me lo ha contado todo. Pero no te desalientes; entra en palacio, que allí la encontrarás.

—¿Quién eres?—preguntó Antonio.

—Soy la *Esperanza*—exclamó la matrona.

No bien hubo dicho esto, ella y toda su corte se convirtieron en palomas blancas como la nieve y penetraron en el edificio.

Detrás corrió Antonio, lleno de un vigor extraordinario. No sentía ni hambre ni sed; un aliento poderoso le sostenía, y así llegó al palacio y penetró resueltamente en él.

Recorrió cien y cien habitaciones sin encontrar alma viviente, hasta que, al fin, un suave aleteo que penetró en sus oídos le hizo comprender que muy cerca de allí se encontraba la codiciada mariposa. Precipitose al lugar de donde partiera el ruido, y, por fin, a la claridad de las suaves luces que alumbraban los salones, vió al fugitivo insecto volar de un lado a otro, como aturdido y sin esperanza de fuga. Sin reposar un momento, lanzóse Antonio sobre aquella mariposa, que aún le pareció más linda a la luz artificial, y, después de muchos esfuerzos, consiguió cogerla en su pañuelo.

Ya en posesión de aquel ser codiciado, salió Antonio de palacio con el placer del vencedor.



—¡Es mía! ¡Es mía! —gritaba, como si quisiera comunicar su regocijo a todo cuanto le rodeaba.

Luego giró la vista en torno y vió un panorama seco y triste, sin árboles ni hierba, y a los pocos pasos la choza del ermitaño, y a éste que le miraba con pena.

—¡Buenos días!—dijo alegremente Antonio—. Aquí estoy de vuelta con mi mariposa.

Vea usted si hice bien en perseguirla.

El fraile sonrió tristemente.

—Enséñame lo que traes tan guardado—le dijo.

—Mire usted—contestó Antonio.

Y, abriendo el pañuelo, cogió a la mariposa por las alas.

Pero, en el momento de tocarla, deshízose el insecto, quedando entre sus dedos un poco de ceniza.

—Ya ves lo que has logrado después de tantos afanes. Esa es la ilusión, deshecha una vez tocada; y ahora mirate en ese arroyuelo, cuyas limpias aguas te servirán de espejo.

Antonio se miró y se desconoció. En lugar del muchacho alegre y retozón, se vió convertido en un viejo decrepito y caduco, y rompió a llorar con desconsuelo.

—Ya ves adónde lleva la vida—dijo el ermitaño—. Ilusiones engañosas nos llevan tras sí, y se desvanecen después de consumirnos la existencia. Sólo el bien y la verdad han de ser nuestro fin en la vida, y para eso estoy yo al lado de los

pequeñuelos, guiándolos con mis consejos. Yo represento la experiencia del maestro que te enseñaba, de los padres que te aconsejaron y de los buenos amigos que te acompañaban. No pude disuaderte de tu empresa, y tú ya perdiste para siempre la juventud.

—¡Dios mío!—exclamó Antonio llorando—Ya que no haya remedio para mí, sirva a lo menos de ejemplo mi castigo y de escarmiento mi pena.

Y volviendo a su pueblo, en donde nadie lo conoció, hizo tanto en favor de sus antiguos camaradas, que más de uno tuvo que agradecerle la dicha de su vida.

Escarmentad, lectores míos, en la cabeza de Antonio, y no echéis en saco roto la moraleja de cuento.



ANITA

BUEN-CORAZON



¿QUIEN HABRÁ ARROJADO A LA BASURA ESTE LIBRO TAN CURIOSO, QUE TRATA DE "EL ARTE DE VESTIR ELEGANTEMENTE"!



¡CONTIENE REGLAS CURIOSAS SOBRE DICHA MATERIA! ¡CUANDO VEA A UN ELEGANTE VERÉ SI SIGUE LAS INSTRUCCIONES DE ESTE LIBRO!



¡PERDONE SEÑOR! ¡USTED NO SABE VESTIR ELEGANTEMENTE!



¿POR QUÉ ME DICES ESO, ANITA?



¡PORQUE USTED SIEMPRE HA DICHO QUE VA BIEN VESTIDO



¡Y LO REPITO AHORA!



¡CON ARREGLO A "EL ARTE DE VESTIR ELEGANTEMENTE" VA USTED HECHO UN MAMARRACHO!



¡JA! ¡JAA!



¡YO USO SOMBRERO PORQUE MI CABEZA ES COMO LA TIERRA ILUMINADA POR EL SOL; MITAD BLANCA Y MITAD NEGRA!



¿Y ESOS MITONES QUE PARECEN CALZETINES?



¡ES QUE POR UN FENÓMENO DE LA NATURALEZA YO TENGO SEIS DEDOS EN CADA MANO!



¿Y ESE SOBRETUDO TAN LARGO QUE LLEVA USTED PUESTO SIEMPRE?



¡TÚ ACABAS DE DECIRLO! ¡PORQUE "SOBRE TODO" DEBEMOS VESTIR CON ARREGLO A NUESTRAS NECESIDADES! ¡YA VES SI YO VISTO BIEN!



¡TIENE RAZÓN EN VESTIR ASÍ! ¡SI SE PUSIERA GUANTES CON SEIS DEDOS CADA UNO PARECERÍAN SUS MANOS DOS CANGREJOS!



¡ESE TRATADO DEBE ESTAR ESCRITO POR UN PEDANTE! ¡HICIERON BIEN EN TIRARLO A LA BASURA!



Rev. U. S. Pat. Off. Copyright, 1936, by The Laughing Trilobite

COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE JULIO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



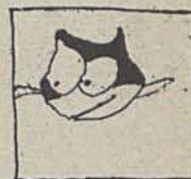
Mi novia
Alberto Rubio



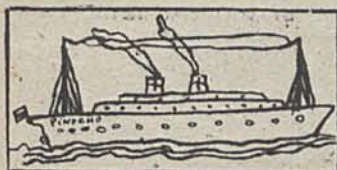
D'Artagnán
G. Vivallo



Escena
Germán González



Morrunguis
Maruja García



El barco de Pinocho
T. Portabella



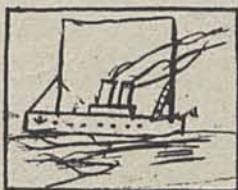
Gente conocida.— Germán González



Un moreno
Lolita Álvarez



Un dirigible.—Paco Díaz



Marina.—J. G. de Luque



Una carrera.— Juanito de la Serna



El nene llorón
C. Español



El dirigible de Pinocho.— Alfredo del Campo



Mi amigo Pinocho
Gumersindo García



Gamuza
H. Rovira



Chino
M.^a Luisa García



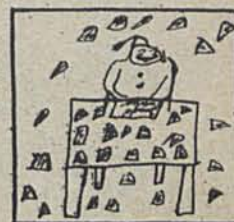
Mis conejos
Ricardo Purniotiz



La casa de Kiki.— Un desconocido



Jugador de «tennis»
Germán González



La oficina de mi papá
Carmen Arriola

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE JULIO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

DIBUJO CON ERRORES



¡Con siete errores nada menos!

¡Parece mentira que haya en el mundo una persona que en tan poco sitio pueda hacer tanto disparate...!

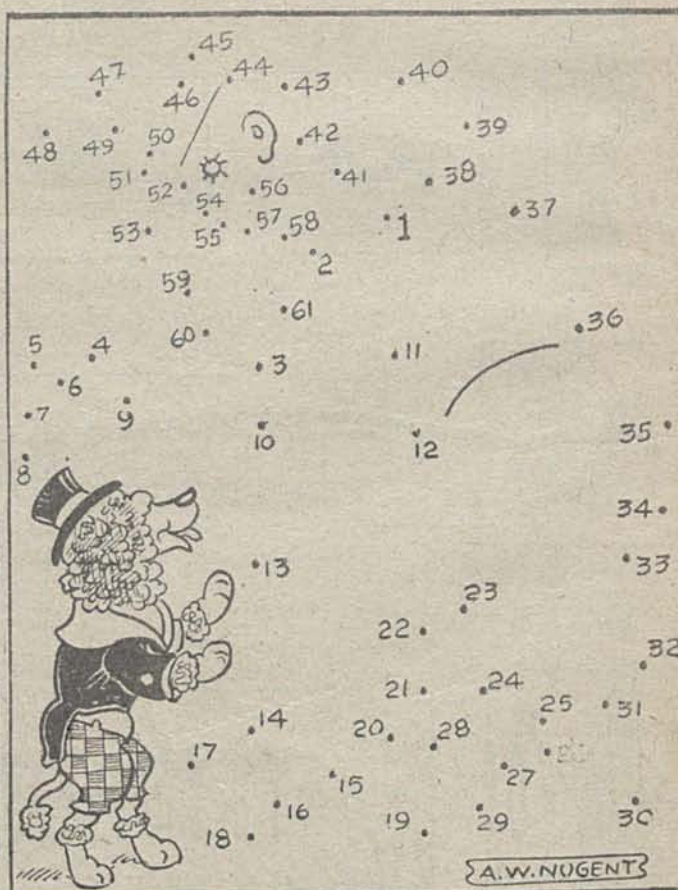
¡Y sin embargo la hay!

Esa persona es el dibujante que ha hecho el dibujo adjunto.

Nada menos que siete veces ha metido la pata, como vulgarmente se dice.

¿Podéis indicar cuáles son los tantas veces citados errores?

EL ARTISTA DE CIRCO



EL CERDO, EL PERRO, LA VACA Y EL CHIVO

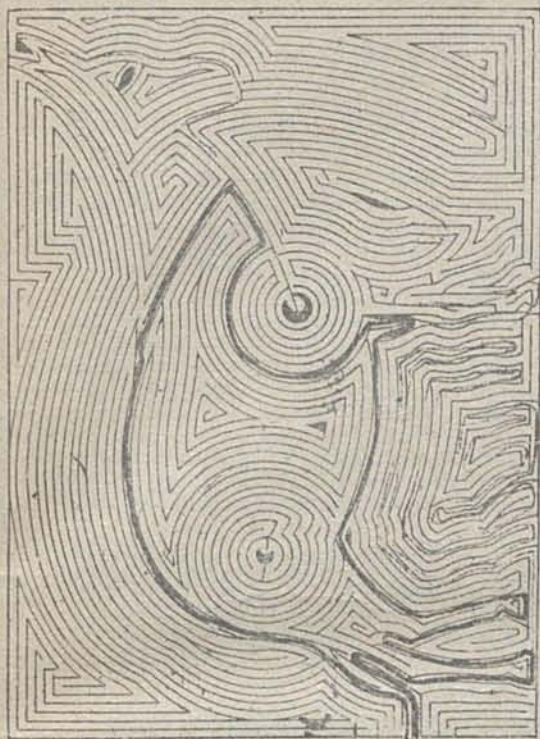


Ocultos entre toda la maraña hay un cerdo, un perro, una vaca y un chivo.
¿Los sabréis encontrar?

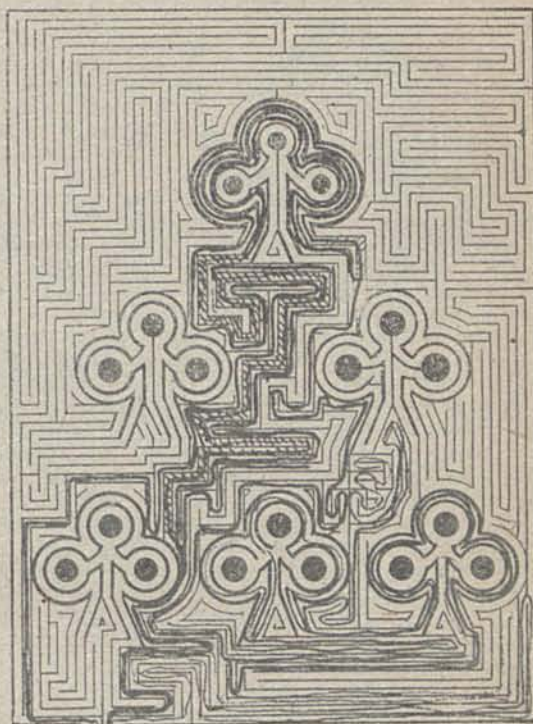
Lo encontraréis uniendo, por orden, los números, con rayas.

SOLUCIONES DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE ENERO

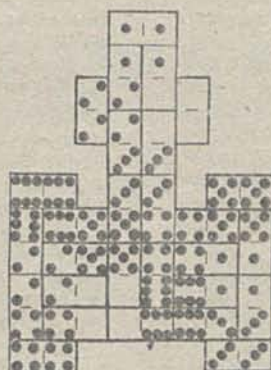
EL LABERINTO



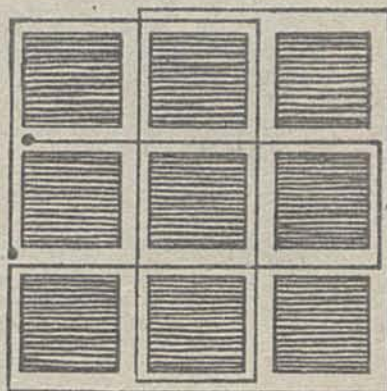
EL LABERINTO SUIZO



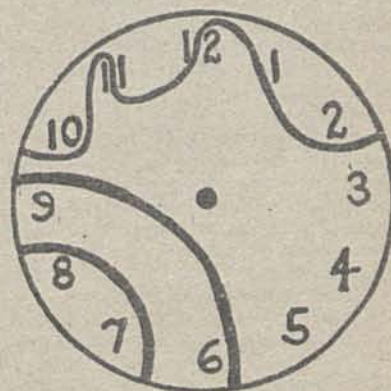
EL DOMINÓ



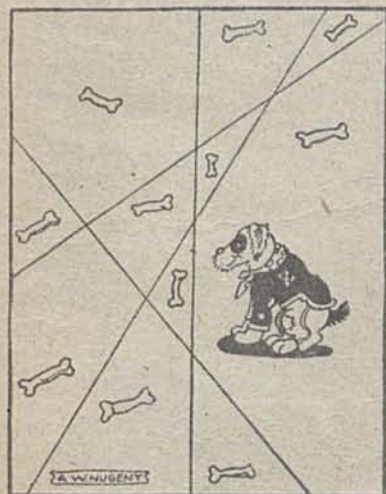
LAS CALLES



EL RELOJ



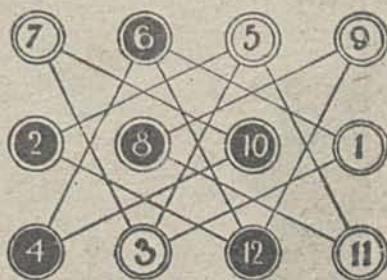
LOS HUESOS



LOS CINCO AVENTUREROS



LOS NÚMEROS DESORDENADOS



Sección Pirula

Charles de Pirula... cuentista

SOL, TOMA BAÑOS DE SOL



Sol no es solamente, como pudiera creerse una nota musical; llaman así, a una de mis Pirulindas que se llama Soledad, porque ya comprenderéis que sería ridículo llamarla Soledad o Solita, con lo acompañada que está siempre de familia y de amigas.

Pues bien, Sol veranea en una playa y lo que más le gusta no son, os lo aseguro, los baños de mar, sino los otros, los de sol.

A Sol la encanta su tocayo y además le está muy agradecida porque después de estarse tostando a conciencia durante todo el verano, cuando vuelve a la ciudad, todos los que la conocen desde la portera de la casa hasta los profesores en el colegio, y desde sus primitas hasta el perro Tom (este lo dice con la mirada nada más) exclaman al verla «¡Si está desconocida! ¡Qué morena viene! ¡Qué bien la ha sentado aquello! ¡Parece una negrita!» y otras cosas que la hacen mucha gracia.

Estos éxitos, se los debe al sol y por eso le quiere y se lo imagina como un gran señor redondo, colorado y reluciente, vestido con un traje color de fuego y con la cabeza coronada de rayos luminosos.

Y es verdad que el sol es así; no digo que lo sea en la realidad—todas hemos estudiado nuestro poquito de Astronomía y sabemos cómo es el sol—pero lo es en un cuento que os voy a contar ahora mismo, y que se llama

LA AHIJADA DEL SOL

Érase una buena mujer que vivía en una casita gris, aislada en medio del campo. La pobre se aburría de estar sola y toda su ilusión era tener una hija que la hiciese compañía.

Un día que había ido al bosque por leña y se lamentaba como de costumbre, vió de pronto ante ella a un señor que era exactamente igual al sol tal como se lo imagina mi Pirulinda Soledad; como que era efectivamente el sol en persona.

—He oído tus quejas y me he apiadado de tí—la dijo—ve a tu casa donde hallarás la hija que tanto deseas, se llama Lindaluz; te la presto, pero has de prometerme que cuando cumpla los doce años me la devolverás.

La buena vieja loca de contento, prometió cuanto se la pedía y volvió corriendo a su casa: en una cuna de seda y encajes, dormía una nena rubia preciosa.

La mujer vivió dichosa con su hija, durante doce años; pero un día que Lindaluz volvía del campo, dijo:

—Madre, he visto a un señor magnífico; se ha acercado a mí y me ha dicho que te recuerde lo que le prometiste.

Al oír estas palabras, la pobre mujer se echó a temblar y se apresuró a cerrar puertas y ventanas para que no entrara el sol a robarla su tesoro; pero se le olvidó tapar el ojo de la cerradura y el sol envió uno de sus rayos que cogió a la niña y se la llevó a su palacio.

El sol era bueno y la niña no hubiera sido desgraciada con él a pesar del exceso de calefacción que había siempre en el palacio, si no la hubiera atormentado el recuerdo de su madre. Un día que el sol la mandó por paja al granero, Lindaluz se sentó en el suelo, suspirando:

—Lo mismo que gime esta paja bajo mis pies, gime mi corazón por mi madre.

Tanto tardaba que el sol se impacientó y gritó:

—¡Lindaluz! ¿qué estás haciendo?

—Tengo unos zapatos demasiado largos—contestó la niña—y no puedo andar.

Y el sol la regaló unos zapatos más chicos.

Otro día la mandó a la fuente por agua y la niña se sentó suspirando:

—Lo mismo que canta esta agua cristalina, así canta mi corazón la pena que siento por mi madre.

Y el sol se impacientó y gritó:

—¡Lindaluz! ¿qué estás haciendo?

—Tengo la falda demasiado larga y no puedo andar.

Y el sol la regaló una falda más corta.

Otro día el sol la mandó al jardín a coger flores y la niña se sentó suspirando:

Lo mismo que se mustian estas rosas, así se mustia mi corazón pensando en mi madre.

—¡Lindaluz! ¿qué estás haciendo?—gritó el sol impaciente.

—Tengo el gorro demasiado grande, me tapa los ojos y no me deja ver. Y el sol la regaló un gorro más estrecho.

Pero acabó por comprender que tenía pena y por darse cuenta de lo mucho que pensaba en su madre; y como era bueno resolvió devolvérsela.

Él no podía en aquel momento bajar a la tierra porque tenía mucho que hacer en su palacio, dirigiendo un ejército de rayos para que maduraran las mieses, y un ejército de diablillos buenos que encienden sus calderas.

Entonces llamó a dos liebres y las dijo:

—¿Queréis acompañar a Lindaluz, mi ahijada, hasta su casa?

—Con mucho gusto—contestaron las liebres.

Bajaron por un rayo que servía de escalera y llegaron a la tierra; Lindaluz iba muy contenta entre sus dos compañeras. En el camino las liebres sintieron hambre y sed y dijeron a la niña: Súbete a este árbol y no te muevas hasta que volvamos, después de beber y comer. La niña subió al árbol y las liebres se alejaron. Al poco rato se acercó al árbol una bruja horrible que era muy presumida; fué a mirarse en el agua del estanque y quedó encantada al ver una imagen bellísima. Ya habréis comprendido que esta imagen era la de Lindaluz pero la bruja era menos lista que vosotras, y además la cegaba la vanidad y creyó que era la suya. Y exclamó... lo que os diré dentro de ocho días.

